

**Juan Villoro**

---

Dios es redondo

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

# Juan Villoro

## Dios es redondo

Textos de futbol

---

## CALENTAMIENTO

El juego sucede dos veces: en la cancha y en la mente del público. *Dios es redondo* pretende situarse en esta encrucijada. No se trata de un libro de historia del deporte ni de una valoración de sus logros, sino de una exploración narrativa de las pasiones que suscita.

He querido escribir para los seguidores del fútbol, pero también para sus críticos, para quienes no se interesan en los goles, pero buscan comprender el delirio a través de la literatura.

El título proviene de la columna que escribí durante el Mundial de Francia 98 para el periódico *La Jornada*: «Dios es redondo». La frase es una voz común que, aunque se pronuncia en cualquier lote baldío habilitado como cancha, viene del cristianismo neoplatónico, convencido de que la esfera expresa el sentido de perfección del Creador. También alude a los componentes religiosos del juego y a la tribu que convierte los goles en artículos de fe. Nicolás de Cusa, interesado

---

en las vejigas infladas de aire como entretenimiento moral, utiliza el lema en su libro *De ludo globi*. Se trata de una de esas expresiones que invitan a darle vueltas y de la que muchos se han servido de diversas formas.

Más que un aficionado al juego lo soy a la afición misma. Me interesa descifrar por qué una persona se apasiona por un equipo y no por otro. ¿Qué dice de nosotros esta actividad que suspende las rutinas de la especie para ver la final de la Copa del Mundo? Leo con fervor a los periodistas deportivos, pero en el momento de narrar trato de seguir el épico consejo del dramaturgo y cronista Nelson Rodrigues: «Y si los datos no nos acompañan, peor para los datos».

En mi libro *Los once de la tribu* (1995) incluí tres crónicas dedicadas al fútbol. En los diez años que le siguieron, escribí de incidentes del fútbol mexicano y cosas que atañen a otras canchas. Para preservar la unidad de *Dios es redondo*, publicado en 2006, me concentré en asuntos del fútbol global. Procuré que las referencias a nuestro balompié sirvieran de ejemplos para contrastar o corroborar lo que sucede en otras canchas.

El libro apareció en vísperas del Mundial de 2006. Fue presentado en una sala de prensa del Estadio Azteca, circunstancia que me produjo una extraña emoción. Me encontraba en el sitio donde presencié dos Mundiales, el de 1970 y el de 1986, y el presentador era nada menos que Álex Aguinaga, el mejor jugador que ha tenido el Necaxa, equipo que decide mi estado de ánimo. Poco antes de comenzar el evento, recibí una

---

tarjeta con un mensaje de una persona que no había podido estar presente y que me deseaba buena suerte: Ángel Fernández, el locutor que pobló mi infancia de palabras e imágenes inolvidables, y que moriría unos meses después.

La lectora o el lector podrá imaginar las emociones que se condensaron en ese momento. Estaba en el Coloso de Santa Úrsula, junto al inolvidable 7 del Necaxa, con un mensaje de Ángel Fernández en las manos. Mi máximo sueño de aficionado se había cumplido. Pensé que no volvería a escribir de fútbol y que el libro tendría el destino de tantos textos de rabiosa actualidad que el tiempo vuelve anacrónicos. Casi veinte años después constato con sorpresa y gratitud que los lectores no lo han dejado morir.

Resulta imposible actualizar para siempre un tema donde casi todos los héroes son fugaces. En otros libros (*Balón dividido* y *Los héroes numerados*) he abordado asuntos más recientes, y con Martín Caparrós he sostenido las correspondencias *Ida y vuelta*, en las que hablamos sobre el Mundial de Sudáfrica 2010 y el de Qatar 2022.

Esta «edición definitiva» no pretende suspender el paso del tiempo; lo único que he querido hacer es modificar algunas cosas para ajustarme un poco más a la mirada contemporánea. Diego Armando Maradona era inmortal desde que se publicó la primera edición de este libro, pero su desaparición física obligó a decir estas palabras de otra manera. Lo mismo ocurre con otros personajes y con otras circunstancias.

---

Dos décadas después, con las mismas palabras (y algunas más) vuelvo al siempre cambiante espectáculo del fútbol.

*México, D. F., 12 de marzo de 2006-  
Berna, Suiza, 4 de noviembre de 2025*

---

## SILBATAZO INICIAL

### LA PASIÓN AFRICANA

En *Ébano*, compendio de sus estancias en África, Ryszard Kapuściński sostiene que, para los nativos de los desiertos y las sabanas ecuatoriales, la espera es una especie de sexto sentido. «Los europeos están convencidos de que el tiempo funciona al margen del hombre, de que su existencia es objetiva», escribe, y poco más adelante añade: «Los africanos perciben el tiempo de manera diferente. Para ellos, es una categoría mucho más holgada, abierta, elástica y subjetiva. Es el hombre el que influye sobre la horma del tiempo [...]. Aparece como consecuencia de nuestros actos y desaparece si lo ignoramos o dejamos de importunarlos».

¿Cuándo sucede algo en África? Cuando una energía misteriosa congrega a la gente para poner en marcha el tiempo.

Origen del hombre y futuro del fútbol, África ha legado un rasgo esencial de la pasión futbolística: la espera.

---

Durante una semana, meses o años, el aficionado confía en acontecimientos por venir: los noventa minutos decisivos. Contempla partidos grises y sufre derrotas animado por un afán compensatorio: los goles que vendrán. Rara vez está tranquilo o resignado. El hincha es un sujeto nervioso, pero se distingue de los demás porque su nerviosismo puede durar mucho tiempo.

Las ligas y los mundiales crean una ilusión de regularidad, prometen la dicha a plazos. Pero el aficionado genuino sabe que puede ver mil partidos sin que ocurra nada de su gusto. Los milagros del fútbol ocurren de tanto en tanto, pero no dejamos de aguardarlos. Lejos de las cronologías habituales, regresamos a la sabana del origen. De poco sirve preguntar «¿Cuándo pasará algo?». La respuesta llega con un sentido atávico: «Cuando los hombres se reúnan para que llegue el tiempo».

*Dios es redondo* narra instantes de excepción en la trayectoria de un aficionado, los momentos al borde de un campo donde la espera valió la pena.

---

## CAMPEÓN DE INVIERNO

### LA AFICIÓN EN PRIMERA PERSONA

Si hubiera un campeonato mundial de aficiones de fútbol, una final posible sería México-Escocia. Se trata de países que nunca han tenido protagonismo internacional y quizá por ello han buscado el placer compensatorio de llenar estadios.

Desde niño sé que no soy testigo de los mejores partidos. La sensación de estar lejos de los empeines prodigiosos se recrudeció cuando empezamos a ver goles por televisión satelital. De cualquier forma, en mi calidad de aficionado mexicano, sabía desde un principio que la pasión por el juego no puede depender de los resultados, tantas veces adversos.

Elegir un equipo es una forma de elegir cómo transcurren los domingos. Unos optan por una escuadra de sólido arraigo familiar, otros se inclinan con claro sentido de la conveniencia por el campeón de turno. En ocasiones, una fatalidad regional decide el destino antes de que el sujeto cobre conciencia de su libre albedrío

---

y el hincha nace al modo ateniense, determinado por la ciudad.

Otras elecciones son más caprichosas, como el flechazo por un jugador, un ídolo de embrujo capaz de resumir las ilusiones de la infancia. Nada resulta tan doloroso como la partida a otro club de ese consentido de la gloria que parecía condensar en su pecho los sueños de la colectividad. Casi siempre, el hincha que creía en el héroe sigue fiel al club, por más que la motivación inicial se haya ido. Resignado, busca en los once fantasmas que ahora juegan por él la magia del genio primero. El fútbol se convierte a partir de ese instante «sólo» en un juego de conjunto, donde nada es individual hasta que el apóstata vuelve al campo donde fue un dios de mediodía y los que antes lo adoraron sienten en la boca la saliva amarga del desencuentro y comprenden, con el dolor de la lucidez, que el dispensador de proezas no es suyo y acaso nunca lo fue.

En esa tarde de descontento el joven aficionado se hace hombre, *cumple* el rito que lo separa de los anhelos perfectos, entiende que ningún héroe es definitivo y que también él tiene un interés que ya no busca individualidades: un equipo, esa abstracción de colores.

A veces la pasión futbolera comienza apoyando una camiseta, al margen de quién se la ponga. Los fans de tendencia epidérmica no son cautivados por el espíritu, sino por el aspecto de su equipo. Fanáticos de ciertas rayas y no de otras. Esta atracción textil dura con mayor facilidad. Aunque la camiseta sea infamada por anuncios comerciales, el *forofo* de escuela cromática tendrá ahí perenne razón para creer.

---

Una vez elegido el club que determina el pulso de la sangre, no hay camino de regreso. Aunque se mencionan ejemplos en los que el raciocinio ha intervenido para mudar de entusiasmos, el fanático de raza no recusa a los suyos, así reciban golizas de escándalo. Es posible que el fútbol represente la última frontera legítima de la intransigencia emocional; rebasarla significa traicionar la infancia, negar al niño que entendió que los héroes se visten de blanco o de azulgrana.

Nuestra inconstante realidad acepta mudanzas de ideología o vocación, y acaba por ajustarse a las de sexo o religión después de alguna terapia. Pero es difícil traicionar la actividad que Javier Marías definió como «la recuperación semanal de la infancia».

¿Quién, que haya depositado su ilusión en un equipo, puede entender un cambio de intereses en la edad adulta, esa fase que el fútbol intenta abolir?

### **Pasiones complicadas: el Barça y el Necaxa**

Como tantos, nací bajo la obligación pasional de apoyar a un club que era mucho más que eso. Mi padre nació en Barcelona y salió de ahí a los diez años, convencido de que el fútbol depende de los pases oblicuos porque la Diagonal conduce al Camp Nou. Mi primer regalo fue un llavero del Barça. En 1962, a los seis años, pude ver por primera vez a «mi» equipo en su gira por México. Hay algo entrañable en apoyar a una escuadra invisible. Sin embargo, de vez en cuando, la pasión necesita comprobaciones.

---

Además del Barcelona, yo quería un club que definiera de modo concreto mis domingos. Profesor antes que cualquier otra cosa, mi padre apoyaba a los Pumas de la Universidad. En la elección de un equipo local no seguí su estela. Yo estudiaba en el Colegio Alemán, donde la realidad se enrarecía en largas frases subordinadas. Por una razón insondable caí en el grupo de los alemanes. Sólo en el patio hablábamos español. Patear una pelota y gritar en mi idioma eran actos idénticos. Durante nueve años contados segundo a segundo, miré por la ventana del salón el patio donde los suéteres marcaban las porterías. Ese rectángulo era la libertad y era mi idioma. Si algo aprendí en la ardua pedagogía del Colegio Alemán es que nada me gusta tanto como el español. Como las pasiones son caprichosas, asocié para siempre el gusto por gritar en la lengua proscrita con la pelota que le daba sentido al recreo.

El fútbol se presentó así como mi primer afán de pertenencia. Yo vivía en una calle de una cuadra, un mundo pequeño donde todos le iban al Necaxa, el equipo de los electricistas. Se trataba de una elección caprichosa, porque no era un equipo fuerte, que garantizara títulos y prometiera domingos fáciles. Nadie del barrio tenía familiares en el sindicato de electricistas ni había ido a Necaxa, el pueblo que fue anegado para construir la presa que alimentaría una central eléctrica. Posiblemente la luz de nuestros focos llegaba de Necaxa, pero no éramos tan sofisticados como para tomar esto en cuenta (tampoco al leer *Moby Dick* por primera vez entendí que se cazaban ballenas para hacer velas con su esperma: no

---

supe que la novela trataba de la búsqueda de la luz; lo que me cautivó fue la mirada fanática del capitán Ahab y su barba orlada de espuma marina).

¿Por qué diablos mi calle le iba al Necaxa? Nunca lo supe. Hasta la fecha no he visitado ese pueblo y doy por cierta la leyenda de que, en los tiempos de sequía, el nivel del agua baja en la presa y se ve el antiguo campanario de una iglesia.

Durante cincuenta y siete años el Necaxa no fue campeón de liga, ha desaparecido tres veces del primer circuito (una de ellas me tocó en la adolescencia: mi equipo fue sustituido por el Atlético Español y regresó años después con un sobrenombre distinto, los Rayos, para volver a descender en 2009 y reincorporarse en 2016). Ahora el más gitano de los clubes juega en Aguascalientes, que para los aficionados de la Ciudad de México es una especie de Patagonia a muchas horas de autobús. Y, sin embargo, esa es la escuadra que una noche le ganó al Santos con todo y Pelé; donde Roberto *el Loquito* Martínez se convirtió en el primer mexicano en anotar en el Estadio Azteca; donde el *Fu Manchú* Reynoso conquistó su apodo de mago al desaparecer un balón en plena cancha; donde Alex Aguinaga, un gladiador cansado que respiraba con la boca abierta, arrastró a los suyos a un título en el que ya nadie creía. Los necaxistas no hemos necesitado ver la iglesia sumergida en la presa para creer en ella. En los días de milagro ahí suenan las campanas.

Hay quienes se identifican con la vastedad de un continente y apoyan al América (o al dinero y la fama

---

televisiva que ese nombre representa en México). Yo busqué una querencia más restringida. Mis padres venían de tradiciones separatistas (ella de Yucatán, él de Cataluña) y no es de extrañar que se divorcieran bastante pronto. A modo de contraste decidí ser de mi calle.

El mudable Necaxa ha sido un equipo propicio para los inmigrantes. En los años sesenta era el favorito de la comunidad judía porque no tenía campo propio y entrenaba en el Club Deportivo Israelita. Ahora es apoyado por los muchos japoneses que viven en Aguascalientes, donde está la planta de coches de Nissan. La vida es tan rara que tiene curiosas formas de volverse lógica: nada más normal, a fin de cuentas, que el conjunto de los Rayos despierte simpatías en el país del sol naciente. Total, que el afán de querer pertenecer a mi calle me ha llevado a apoyar a un equipo celebrado por los japoneses de Aguascalientes. La identidad es rara.

Cuando el Necaxa conquistó una final de copa en mi infancia, ante el odiado América, sentí el sobresalto de estar del lado equívoco de la contienda. Los electricistas no fomentaban el masoquismo, pero tampoco la vanidad triunfal. Su mérito consistía en jugar bien contra la norma. Artistas de lo imprevisto, no tomaban en cuenta el marcador. Esta extrañeza se hizo aún más grave en la década de los noventa, cuando los Rayos se transformaron en un club potente. Tanta eficacia parecía un pecado de vulgaridad.

Las psicologías de los aficionados se definen por la oncena a la que apoyan. El mercurial Necaxa es el equipo

---

de mi calle. Poco importa que ese trozo de ciudad haya cambiado. Tampoco importa que yo haya dejado de vivir ahí. En la Ciudad de México el sentido de la pertenencia no depende de las personas ni del paisaje. Todos se van y todo se derrumba. Una calle es para nosotros lo que fue (la infancia, el Necaxa). Por eso vale la pena.

### **Escribir el fútbol**

Es difícil aficionarse a un deporte sin querer practicarlo alguna vez. Jugué muchos partidos y milité en las fuerzas inferiores de los Pumas. A los 16 años, en la decisiva categoría Juvenil AA, supe que no podría llegar a primera división y sólo anotaría en Maracaná cuando estuviera dormido.

Escribir de fútbol es una de las muchas reparaciones que permite la literatura. Cada cierto tiempo, algún crítico se pregunta por qué no hay grandes novelas de fútbol en un planeta que contiene el aliento para ver un Mundial. La respuesta me parece bastante simple. Toda liga es, en sí misma, una novela. El sistema de referencias del fútbol está tan codificado e involucra de manera tan eficaz a las emociones que incluye su propia épica, su propia tragedia y su propia comedia. No necesita tramas paralelas y deja poco espacio a la inventiva de autor. Esta es una de las razones por las que hay mejores cuentos que novelas de fútbol. Como el balompié llega *ya narrado*, sus misterios inéditos suelen ser breves. El novelista que no se conforma con ser un espejo de lo real prefiere mirar en otras direcciones. En cambio, el

---

cronista (interesado en volver a contar lo ya sucedido) encuentra ahí inagotable estímulo.

El fútbol es asunto de la palabra. Pocas actividades dependen tanto de lo que ya se sabe como el arte de repetir las hazañas que sucedieron en la cancha. Las leyendas que cuentan los aficionados prolongan las gestas en una pasión *non-stop* que suplanta al fútbol, ese Dios con buenas prestaciones que jamás trabaja en lunes.

En los partidos de mi infancia, el hecho fundamental fue que los narró el gran cronista televisivo Ángel Fernández, capaz de transformar un juego sin gloria en la caída de Cartago.

Las crónicas comprometen tanto a la imaginación que algunos de los grandes rapsodas han contado partidos que no vieron. Casi ciego, Cristino Lorenzo fabulaba desde el Café Tupinamba de la Ciudad de México, y el *Mago* Septién y otros locutores de embrujo lograron inventar gestas de beisbol, box o fútbol con todos sus detalles a partir de los escuetos datos que llegaban por telegrama a la estación de radio.

Por desgracia, no siempre es posible que Homero tenga gafete de acreditación en el Mundial y muchas narraciones carecen de interés. Pero nada frena a pregoneros, teóricos y evangelistas. El fútbol exige palabras, pero no sólo las de los profesionales, sino las de cualquier aficionado provisto del atributo suficiente y dramático de tener boca. ¿Por qué no nos llamamos de una vez? Porque el fútbol está lleno de cosas que francamente no se entienden. De repente, un genio curtido en mil batallas roza con el calcetín la pelota que incluso el

---

cronista hubiera empujado a las redes; un portero que había mostrado nervios de cableado de cobre sale a jugar con guantes de mantequilla; el equipo forjado a fuego lento pierde la química o la actitud o como se le quiera llamar a la misteriosa energía que reúne a once soledades.

Los periodistas de la fuente deben ofrecer respuestas que hagan verosímil lo que ocurre por rareza y, muchas veces, dan con causas francamente esotéricas: el abductor frotado con el ungüento erróneo, la camiseta sustituta del equipo (es horrible y provoca que fallen pénaltis), el osito que el portero usa de mascota y fue pateado por un fotógrafo de otro periódico.

### **Cuando desear es útil**

Las multitudes llenan los estadios ilusionadas por algo que no sólo pasa en la cancha. Gracias al graderío, un partido se carga de supersticiones, anhelos, deseos de venganza, complejos mayúsculos, intrincadas leyendas. El fútbol ocurre en la hierba y en la agitada conciencia de los espectadores. La crónica vincula ambos territorios.

El arte de patear puede caer en la esfera de los placeres inofensivos o desembocar en el fanatismo del *hooligan*, la prepotencia del directivo, la mentira prefabricada de la televisión. Espejo del mundo que comienza más allá de los estadios, el juego de las patadas no es ajeno a la violencia, el racismo o la comercialización. La aporía del aficionado es la de una pasión pura, incontaminada, refractaria al efecto de la cerveza, las burlas

---

de los enemigos y la manipulación de los medios. Eso, que rara vez existe, es el motor rescatable y esencial del fútbol. Lejos de los fichajes multimillonarios, en una playa sin nombre alguien patea una pelota o algo que la representa (un bulto de trapo, una lata, una bolsa llena de papeles). Ese gesto transmite un placer inexpressable, el de jugar por jugar.

Walter Benjamin recordaba que los niños no definen a los adultos por su poder, sino «por su incapacidad para la magia»; han perdido el contacto con la región primera de los prodigios posibles. Al respecto, conviene recordar el lema de los hermanos Grimm: «Entonces, cuando desear todavía era útil...». Los cuentos infantiles son instrumentos del regreso rumbo a la época de los deseos que pueden concederse.

En perpetuo estado de infancia, el aficionado al fútbol busca capacidad para la magia. Aunque contemple un encuentro lastrado por el dopaje, el mercadeo y las impresentables bajezas de los ultras, puede encontrar ahí la playa desconocida donde alguien domina un balón por el gusto de hacerlo.

De acuerdo con Giorgio Agamben, no se necesitan méritos para contemplar la magia: esos dones llegan con la arbitrariedad de la fortuna. Los grandes intercesores (Pelé, Didi, Maradona, Di Stéfano, Zidane, Ronaldo, Ronaldinho) no anotaron para premiar la buena conducta de sus seguidores. Con ellos la magia llegó *porque sí*, el regalo que culmina la fábula.

La inclinación a dirimir emociones a puntapiés suscita toda clase de recelos. Hay algo primitivo en el

---

futbol. No sólo implica un regreso en la biografía personal hacia la primera infancia, sino a la edad temprana de la especie, la etapa anterior al predominio de las manos. ¿Qué tan necesaria es esta energía del retorno? ¿Podemos prescindir de la niñez y la tribu del origen? La cultura moderna privilegia la infancia, pero desconfiada de las hordas del comienzo. El futbol pone en contacto con la inocencia del buscador de héroes, pero también enciende hogueras. Los salvajes de la sociedad postindustrial se pintan la cara, se tatúan el cuerpo, lanzan extrañas consignas. Este ruidoso aspecto tribal me parece tan importante como la preservación de la mirada infantil. Uno de los grandes misterios del futbol es que ritualiza la pasión y la contiene. Pudiendo desbordarse en tantas ocasiones, sólo se desborda en las peores.

En *Entre los vándalos*, su estupendo reportaje sobre los *hooligans*, Bill Buford comete un decisivo error de apreciación. Atribuye una legendaria reyerta al hecho de que el partido terminó 0-0. De acuerdo con Buford, la tribu necesitaba un vencedor; la tensión contenida debía liberarse de otro modo y dio lugar a la violencia.

No hay testigos puros, y Buford revela en su crónica que pertenece a la cultura de Estados Unidos, donde los deportes vernáculos no pueden terminar en un empate sin anotaciones. En un ámbito determinado por la competitividad (los fans alzan el índice para afirmar su condición aspiracional: *number one*), tener un ganador certificado (aunque se trate del contrario) es preferible a repartir los méritos. La incertidumbre no se ajusta al triunfalismo.

---

Y, sin embargo, todo aficionado al fútbol recuerda partidos maravillosos que terminaron en empate. En su libro *All Played Out*, sobre el Mundial de Italia 90, Pete Davies dedica un capítulo al partido Inglaterra-Alemania, que terminó 1-1 y tuvo que decidirse en penales. Ese pasaje se llama «El juego hermoso» y se refiere a lo que pasó antes de llegar a los fusilamientos a once metros del portero (Alemania pasó a la siguiente ronda). Para un aficionado al fútbol, el resultado se puede dividir entre los contrincantes sin que esto sea un desdoro.

El hincha puede pertenecer al género de los ardientes, los melancólicos, los cardiacos o los nostálgicos, pero, ante todo, y en forma sorprendente, es *alguien que se resigna*. El hervidero de voces y luces de bengala en que se convierte un estadio no parece convocar al estoicismo y, sin embargo, fomenta el temple ante la adversidad. El árbitro se equivoca mucho, el pasto se pone resbaloso, el genio más preciso pierde la puntería. Catálogo de lo imponderable, el fútbol está abierto a sorpresas que perjudican nuestro ánimo. Nadie busca ahí resultados seguros. Por más que se queje de los contrarios y en ocasiones de los suyos, el espectador acepta en forma tácita que verá lo inimaginable y que eso le va a gustar muy poco. La situación sería equivalente a la de ir a un concierto donde la orquesta armara trifulcas, los violinistas desafinaran y sólo a veces se produjera el raro milagro de la música. Así es el fútbol, algo que no sucede o sucede a medias o sucede mal, pero insinúa en todo momento que puede componerse.

---

Hay públicos que cumplen mejor que otros su solidaria condición de comparsas. En 1974, asistí al clásico Boca-River en Buenos Aires. Un hombre reconoció mi acento mexicano y quiso comprobar un dato del que le habían hablado varios amigos argentinos: «¿Es cierto que en México un hincha de un equipo como Boca puede ver el juego al lado de un hincha de un equipo como River?». Le dije que sí. «¿Y no se matan?», precisó. En ese entonces se podía aceptar que, al menos en cosas de futbol, éramos bastante pacíficos. Pensé que mi interlocutor mencionaba esa circunstancia con admiración; sin embargo, al saber que no había muertes, respondió en forma inolvidable: «Uh, ¡pero qué degenerados!».

La mayoría de las veces, un estadio de futbol consta de miles de personas sumamente decepcionadas de lo que vieron y que se limitan a rumiar su desconsuelo.

Una de las leyendas más afortunadas del futbol es que el público representa «el jugador número 12». En su biografía del Boca Juniors, Martín Caparrós comenta que la idea se le ocurrió en los años veinte del siglo pasado al cronista Pablo Rojas Paz. Su jefe, Natalio Botana, director de *Crítica*, le pidió que embelleciera el juego. En aquel tiempo, si alguien no iba al estadio, sólo conocía los goles de oídas o por escrito: «El futbol era sobre todo un relato», escribe Caparrós. Un relato que no acababa de convencer y se encontraba en la fase de lo que quizá no será creído o pasará a la desmemoria. Rojas Paz tenía soltura de palabra y un jefe con el sonoro nombre de un dictador de isla tropical.

---

¿Cómo no obedecer a Natalio Botana, que anticipaba un jugoso negocio en las páginas dedicadas al fútbol? Como tantos redactores desesperados, Rojas Paz se autoexcitó para excitar a los demás. Habló del jugador número 12 en tiempos en que las canchas eran llanos sin más testigos que los familiares o los que esperaban junto a la línea de cal para cobrar una cuenta pendiente. Pero la metáfora estaba destinada a volverse cierta y explicar lo que en el futuro significaría jugar «en casa». Sí, el público ha contribuido a decidir marcadores. Pero sigue sin chutar al arco. Su enjundiosa actividad es un péndulo que va de la apasionada entrega a la resignada aquiescencia. Ser del Betis «manque pierda» o apoyar al Atlas «aunque gane».

Siempre me ha llamado la atención un logro relativo del fútbol, el de «campeón de invierno». Esa conquista que no sirve de nada, o todavía no sirve.

Las ligas del mundo hacen una pausa en Navidad. Ahí termina su primera vuelta. Esto se ha perdido en México y otros países donde la codicia ha llevado a los minitorneos que proclaman dos campeones cada año.

En las temporadas largas, el campeón de invierno es un líder que no ha llegado a la meta. Como no se trata de una conquista franca, ser puntero puede implicar más una presión que un logro. Se espera mucho de ese equipo cuando regresa la contienda. Pocas figuras expresan mejor las esperanzas y las inquietudes del fútbol que la de ese falso palmarés.

En la literatura sólo hay campeones de invierno. Ningún premio garantiza inmortalidad, y el gusto de

---

los lectores puede cambiar con el paso del tiempo. En cambio, el periodismo deportivo dispone de certezas computables en récords y estadísticas.

Adentrarse en la pasión por vía de la crónica obliga a tomar en cuenta los hechos, pero sólo como referencia. También importa lo que es meramente posible, según nos recuerda al campeón de invierno, que está en la cima del torneo por méritos concretos, pero aún no es lo que podría ser. Ese concepto está hecho de futuro y anhelo y mera posibilidad. Un trofeo virtual cuya condición vacía encandila a los seguidores: desear es útil para ellos.

Cada quien a su manera, en cualquier época del año, tiene su campeón de invierno. Eso permite recordar que las glorias son pasajeras; también que ciertas certezas permanecen. Concluyo con una de ellas: Dios es redondo, pero casi nunca le va al Necaxa.